

Corazón

Germán Guerra

En el principio soñó Dios los cielos y la tierra.

Y dijo Dios en medio de su sueño: Sea la luz y el corazón del hombre. Soñó Dios un corazón que latía... caluroso, secreto, del grandor de un puño cerrado... en la penumbra de un cuerpo humano aún sin cara ni sexo. Y fue la luz y el corazón del hombre, y fue la tarde y la mañana el día primero. En la alta mañana de un olvidado caserío de provincias, en el día primero de un mes y un tiempo demasiado largos, cansado de andar plazas y desesperanzas, sudoroso y flácido, buscando en los abiertos muros que ya no tienen cal ni tienen canto, parado ante la puerta y las columnas de silencio que suelta la campana del templo, morada —según ellos, los que esperan— de un encallecido Dios de compasión y sueño, el corazón decidió crecer. Y creció, creció y colmó el parque con sus ceibas de siglos y no se vieron más los bancos de concreto ni la iglesia, y ellos dejaron de esperar ante el milagro que tocaban. El corazón cubrió los barrios del centro, los límites del pueblo y toda la extensión de la provincia, que para entonces ya había salido del olvido; alcanzar las fronteras del país le tomó el tiempo que demoran los discursos en ser polvo sobre la frente de los hombres. El corazón fue criticado por los viejos partidos y alabado en el corazón de los humildes. Una sombra inmensa proyectaba el enorme corazón con vida propia, una sombra de carne para el hambre de todos los espíritus. Una sombra hermosa y esperada por las razas vecinas ya adentraba sus pasos en el continente y en los marinos de ambas mares era el regocijo y los deseos que se cumplen y una estrella fugaz cruzando el cielo y el vasto corazón que se inflamaba... Aurículas y ríos, ventrículos y montes, viñedos y árboles de pan brotaron en las planicies del músculo. Gaviotas y topógrafos, fundidores de acero y fundadores de ciudades fueron los primeros habitantes del lugar donde latía la esperanza. Y la Tierra quedó deshabitada, tierra en la memoria de la Tierra, hermana de la Luna en su redondo viaje; y fue la Luna lo que siempre ha sido, roca de la desolación y añosa luz para el ladrado de los perros.

En el principio soñó Dios con los planetas, y fueron los planetas, y fue la tarde y la mañana el día segundo.